

# STAR WARS



浪人

浪人

VISIONS

EMMA MIEKO CANDON

 Planeta

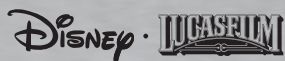
**STAR  
WARS**


**RONEN**

UNA NOVELA DE VISIONS

**EMMA  
MIEKO  
CANDON**

 Planeta

 Disney · LUCASFILM

The background is a solid black field filled with numerous small white symbols representing stars. These symbols include simple dots, small crosses, and asterisks, scattered across the entire frame. Some symbols are grouped together to form faint, recognizable constellations, such as the 'W' shape of Cassiopeia or the 'M' shape of Ursa Major. The text is centered in the upper half of the image.

*Hace mucho  
tiempo en una  
galaxia muy,  
muy lejana...*

## CAPÍTULO UNO

**D**OS MESES DESPUÉS de que el ronin llegara al planeta Genbara, en el Borde Exterior, se había quedado sin créditos. Esto le preocupaba más a B5-56 que a él, y el droide aprovechaba cualquier ocasión para regañarlo.

—Mira, así no tendremos que preocuparnos de dónde dormimos —le dijo a su compañero rodante.

Una persona sin monedas no tenía por qué seguir el típico camino de puestos avanzados y posadas. No tenía que pagar por dormir en una cama. Y, así, podía vagar hasta donde su corazón la llevara, y los magníficos bosques de Genbara que tenía ante sí eran recompensa suficiente. Las vastas extensiones de pinos solo quedaban interrumpidas por tímidas parcelas de labranza reclamadas por colonos que reconstruían su vida lejos de las cicatrices que la guerra había dejado en los planetas que quedaban cerca del Núcleo de la galaxia.

Esa noche, el ronin durmió en un pequeño cobertizo del que le había hablado un viejo leñador el día anterior, cuando pasó junto a la cabaña del anciano de camino a las montañas.

«¿A las montañas, señor? ¿Estás seguro?», le había preguntado el leñador, que no dejaba de pasarse la lengua por los dientes.



Estaban sentados en la galería de la cabaña del leñador, compartiendo una taza de té rancio. Era lo poco que quedaba en la lata del ronin, pero lo ofreció sin dudar a cambio de agua caliente y compañía.

«Tienes que seguir este camino hacia arriba, hasta más allá de la cresta. Llegarás a una aldea que hay en el valle... si es que sigue allí».

No era una frase muy halagüeña. Para el ronin, sin embargo, significaba que iba por buen camino. B5 se había fijado en la cara que había puesto. Por debajo de aquel sombrero de paja que llevaba, el droide murmuró una advertencia al tiempo que su ojo pasaba de rojo a azul.

El leñador, que no hablaba bien el binario, había confundido los sonidos que hacía el droide con nerviosismo.

«Cuando construí mi humilde choza, pequeño, ahí arriba había cuatro aldeas —comentó el leñador con una sonrisa en los labios—. Luego pasaron a ser tres... dos... y, ahora, solo queda una. Se dice que enfadaron a un espíritu... un espíritu al que no le gustan nada los colonos».

«¿Y cree que el espíritu lo respeta a él?», dijo una voz en la cabeza del ronin.

«Las montañas son diferentes», comentó este.

El leñador, que pensó que le hablaba a él, asintió como si aquellas fueran palabras sabias. B5 giró el ojo y se quedó mirando al ronin; no parecía que lo mirara bien. El ronin hizo como que no se daba cuenta. A veces, cuando estaba con otra gente, no respondía a la voz. Sin embargo, había otras veces en las que no podía evitarlo... y la cosa podía acabar mal. Si el pueblo de las montañas seguía en pie, pronto estaría con más gente, gente que parecía presa de las supersticiones.

A la mañana siguiente, se desperezó y se estiró para alejar el frío, y desayunó la media ración en barra que llevaba en la bolsa. Era toda la comida que le quedaba. Masticó despacio

por el dolor y frotó el viejo metal que soportaba su mandíbula de oreja a oreja.

B5 no dejaba de rezongar y lo llamaba «viejo» y «simple». El droide insistía en que no le cabía duda de que sabía cómo ganar los créditos necesarios para que aquel estúpido viaje no acabara con él —o, por lo menos, para adquirir una prótesis más moderna—. No obstante, el ronin guardaba de tal manera su botín que, antes o después, un mal mundano acabaría con él. Puede que el frío, una infección... o algo peor.

«Sabes que sería idiota si intentase vender uno de estos —decía el ronin mientras le daba palmaditas a alguno de los tesoros que llevaba escondidos en los pliegues de la túnica—. ¿De dónde iba a decir que los he sacado?».

«Pero qué pretendes hacer con lo ganado, ¿acumularlo?», le preguntó la voz con amargura.

No tenía respuesta. Al menos, no tenía ninguna respuesta que fuera a gustarle.

Movido por una sensación de culpabilidad reflexiva, el ronin miró el forro de la larga capucha de su túnica. La prenda llevaba al menos un año pesando lo mismo, desde que había añadido aquella última pieza a la colección. Los cristales que llevaba cosidos en el forro destellaron como si lo saludaran, reflejos rojos que le iluminaron los dedos intentando llamar su atención a la desesperada. Querían que los tocara, que los tomara, que los utilizara.

Cerró la túnica sin tocar los cristales. Por mucho que a la voz le diera igual, su razonamiento era el siguiente: mientras los llevase él, no le harían daño a nadie.

«Excepto a quien se lo haces tú», dijo la voz.

—Si quieres que muera —le respondió él mientras seguía por el camino lleno de agujas de pino—, solo tienes que señalarme el camino.

«En ese caso, sigue hacia la aldea».

El ronin sabía por experiencia que la voz no le iba a dar ninguna explicación o consejo más. Al fin y al cabo, lo que

ella quería era que aquello que se encontrara en el pueblo acabara con su vida... no que él acabara con aquello que se encontrara.

El frío de la noche fue convirtiéndose en primavera a medida que ascendía el sol. El ronin, con B5-56 a su lado, se detuvo en la cresta, desde la que se veía el último pueblo que quedaba en las montañas. A lo lejos, en la zona más alejada de un valle lleno de pinos, las formas lineales de una nave estrellada brillaban de un fuerte color blanco. Se trataba de un navío elegante que había encontrado su innoble final de bruces en la falda de la montaña. Su casco plateado esplendía como una estrella con la feroz luz de la mañana.

«Qué poético, ¿no te parece?», le dijo la voz.

—A mí lo que me parece es que está destrozada.

B5 gimoteó, decepcionado.

—¿Hacer qué? No sé a qué te refieres.

B5 suspiró tan ampliamente como se lo permitía el binario.

Juntos, empezaron a descender hacia el último pueblo de las montañas. En él encontrarían a la presa del ronin... o no encontrarían nada. Su yo cobarde esperaba que no encontrarán nada. Puede que fuera esa parte de su yo la que lo llevó a ralentizar el paso a medida que llegaban a la elevación que daba al pueblo, en la que había una casa de té junto a un antiquísimo pino que crecía torcido. Un olor raro salía de la casa y llegaba hasta el camino y, a pesar de las quejas de B5 —¡acaso no tenían algún lugar mejor en el que estar!—, el ronin permitió que lo atrajera hasta la puerta. En la casa encontró al dueño —un sullustano pulcro con la cara redonda y las mejillas de color gris por la edad—, sentado en un suelo recién barrido, trasteando en los cables de un droide de energía rectangular y quejándose de la naturaleza temperamental de este.

La sombra del ronin lo asustó y el sullustano se puso de pie como pudo para estudiar al recién llegado. Lo miró con

precaución con aquellos ojos negros y chispeantes que tenía y fue levantando la vista para apreciar la gran altura del ronin, que le resultaba intimidante. El desconocido llevaba la túnica manchada por el polvo del camino y dos fundas bien visibles a la cintura.

«Parece que tuvieras malas intenciones», le soltó la voz.

El ronin frunció el ceño y el sullustano se encogió de miedo.

—No, no es por ti —dijo el ronin—. ¡Maldita sea! —Que maldijera asustó aún más al sullustano—. Es por tu droide de energía. Está goteando. Lo he olido desde el camino. Sé cómo arreglarlo.

El sullustano no se fiaba, pero, entonces, B5 asomó por detrás de la túnica del ronin. El droide lo saludó y se disculpó por la aterradora apariencia de su compañero. «Con que le des de comer, arreglará cualquier droide que tengas estropeado», le dijo en binario.

Diez años atrás, el ronin se habría mostrado molesto, como si la propuesta del droide fuera una afrenta a su dignidad, como si fuera un mendigo que intercambiaba reparaciones por comida. Ahora, en cambio, con la edad, había aprendido a ser más humilde. Cuando el sullustano se mostró de acuerdo, el ronin le preguntó dónde guardaba las herramientas.

La voz permanecía callada, pero su impaciencia pesaba en el pensamiento del ronin como la amenaza de lluvia inminente. La voz habría preferido que se entregara a lo que ella le tenía preparado. Él, en cambio, prefería ser útil.

Reparar el droide de energía fue sencillo. Al ronin le bastó con abrir el frontal manchado del chasis y toquetear los cables para descubrir de dónde provenía el escape. Sacó los dedos sucios por los restos del tubo de escape que había alterado el camino del acoplamiento de energía. Le preguntó al sullustano si tenía un transmisor grande o un cronómetro que no fuera a necesitar. El sullustano volvió con un viejo holoprojector que el ronin desmontó en unos instantes. No tardó en darse cuenta de que no necesitaba sino uno de los dos sellos de seguridad



del proyector para contener la fuga, y en cuestión de una hora lo tenía todo arreglado y limpio.

—Humillante, ¿no? —le comentó el sullustano a B5 mientras observaban cómo trabajaba el ronin—. Antes, durante la guerra, yo habría reparado un astromecánico como tú hasta dormido. Puede que incluso ahora fuera capaz de hacerlo... pero a los especialistas nunca nos pidieron que cuidáramos de nuestros droides de energía, y aquí me tienes, de lo más inútil cuando deja de calentar el té.

Cuando el ronin se puso de pie, el sullustano lo guio a una mesa en sombra que había fuera de la tetería y le prometió una tetera de su mezcla más exquisita mientras la ponía a calentar en el droide de energía, que había empezado a zumbar.

—¡Y pensar que te he confundido con un bandido!

El ronin se limitó a asentir a modo de agradecimiento. Desde aquel punto ventajoso, veía todo el pueblo. Era un sitio humilde, apenas dos calles de cabañas de madera con el techo de paja y reforzadas con restos de duracero de naves accidentadas durante la guerra. Las casas estaban dispuestas en línea, aparte de un puñado de estructuras y un par de torres de vigilancia sencillas, sin fortificar. En el centro del pueblo había un gran almacén del que colgaban estandartes y que estaba protegido con la puerta de una nave antigua. La mayoría de los pueblerinos estaban trabajando en los campos de arroz, que eran su sustento, mientras que unos pocos se reunían en la plaza del pueblo para hablar de negocios. Los niños corrían por las calles, riendo a voz en cuello. Un retablo de paz y armonía. Una paz y una armonía delicadas en un planeta como aquel, bien entrado en el Borde Exterior.

«La paz es fugaz y tiene un precio muy alto», apuntó la voz.

En esta ocasión, el ronin consiguió refrenarse, si bien B5 detectó que torcía los labios. El droide pitaba irritado y el sullustano lo regañó cuando llegó con el té. B5 le informó que era de mala educación decir cosas que los demás no podían entender.

—Gracias —respondió con ironía el sullustano en el idioma del Imperio, convencido de que el droide lo había reprendido.

Luego, llenó hasta arriba una taza con gran pericia y se la tendió al ronin, que la aceptó y se sorprendió agradablemente por la peculiaridad del aroma, ligeramente dulce, con pino.

—¿Cómo es que viaja a pie, señor?

—Hay alguien que siempre me está diciendo que haga ejercicio.

B5 silbó como molesto y el sullustano contestó con sorna:

—¡Claro que tienes razón! ¡Debería prestar atención a tus sabios consejos!

El ronin solía hacer algún comentario cuando B5 se encerraba en su petulante silencio, pero algo atrajo su atención en aquel momento. Dejó que sus ojos persiguieran aquello que su cerebro había detectado y se vio atraído hacia un retumbar cada vez más presente, un eco que provenía de las montañas. La fuente del sonido enseguida hizo añicos el camino por el que el ronin había estado caminando hacía una hora.

Se trataba de un vehículo grande blindado, un vehículo construido para la guerra. Bajaba tronando por el camino de la montaña y dejó atrás la casa de té en dirección al pueblo. No rompió ninguna rama a su paso mientras avanzaba por entre los árboles; estaba claro que no era la primera vez que pasaba por allí. La tetería tembló al paso del vehículo y el sullustano lo maldijo, traqueteando tanto como sus tazas.

En el pueblo no tardaron en oír el blindado. Los labradores dejaron caer sus herramientas. Los adultos tomaron a los niños y huyeron hacia las casas protegiendo a los pequeños con su propio cuerpo.

Una paz fugaz, sí.

—Son bandidos —le dijo el sullustano en voz baja, como disculpándose, mientras se escondía tras el umbral de la puerta y miraba a sus vecinos de abajo—. Se esconden en el pueblo abandonado que hay al otro lado de la montaña. Son

soldados... o lo fueron... de lo que quedó de las tropas de los Sith. No lo tenemos claro, pero tampoco importa, ¿verdad?

Eso explicaba qué les había sucedido a los demás pueblos de la montaña. El ronin sabía que encontrarse con un espíritu era muchísimo más improbable que dar con un grupo de bandidos.

«¿No vas a bajar?», le preguntó la voz, que pretendía pincharlo. Provocarlo, más bien. A ella le encantaría que él saliera corriendo en el instante en que el impulso se lo pedía. Pero hacer caso a la impulsividad no serviría sino para que muriera antes de que alcanzara su objetivo. Es más, aún no sabía si aquellos bandidos eran dignos de sus esfuerzos o si en el pueblo lo esperaba un mal mayor. Ahora bien, no tardaría en descubrirlo.

B5 gimió por lo bajo, como si fuera capaz de oír los pensamientos de su dueño. El ronin no tenía claro si B5 quería que fuera tras los bandidos o si le daba miedo que lo hiciera. Puede que desease que se les presentase alguna opción, pero eso no iba a suceder. A B5 no le gustaba nada que el ronin sangrara y tenía claro que, en esta lid, iba a sangrar.

Abajo, el gran vehículo blindado se detuvo en la plaza del pueblo. Era el doble de alto que las casas. Se abrieron las puertas.

Tres planchas de metal se separaron de los laterales y se convirtieron en rampas por las que descendieron los bandidos. Iban vestidos con armaduras incompletas: cascos, hombreras y grebas con marcas de bláster. Por lo demás, se cubrían con taparrabos y llevaban pañuelos que anudaban aquí y allí para diferenciarse los unos de los otros. Era como si su desnudez hiciera que se sintieran poderosos.

Qué soldados tan valientes, que abrían la puerta de las casas de una patada y sacaban a rastras a campesinos llorosos.

La voz se rio.

El ronin apretó los dientes y le dio un sorbo al té.

—Señor, es peligroso... Por favor, espere dentro —le pidió el sullustano, que había pasado un brazo alrededor de la

cabeza de B5, como si temiera que el astromecánico fuera a echar a correr hacia el pueblo.

Dos de los bandidos se quedaron mirando la tetería. El ronin les devolvió la mirada y frunció el ceño. Estaban muy lejos como para que distinguieran bien su silueta y, además, el ronin no les tenía miedo a los blásters de unos bandidos.

Además, no eran aquellos bandidos los que llamaban verdaderamente su atención, lo que hacía que el ronin estudiara los alrededores... sino otra presencia, algo oculto, tenso, preparado para atacar. No era que su presa no estuviera allí, sino que no la había visto todavía.

Menuda escena la que se desarrollaba en el pueblo. Los bandidos reunían a los pueblerinos en la plaza polvorienta. Así podrían deshacerse mejor de ellos, si es que era eso lo que decidían hacer. Ya los habían reunido a todos, arrastrándolos hasta allí para demostrarles lo terriblemente indefensos que estaban.

—¡Gracias! ¡Gracias por vuestra calurosa bienvenida! —croó un bandido que llevaba la hombrera naranja de un comandante—. ¡Y, ahora, les toca pagar! ¡Hemos venido por el tributo de este año!

Un bandido con el pelo largo que estaba junto al de la hombrera de comandante les gritó:

—¡Vamos, que es una orden! ¿¡Quién es el jefe!?

Una figura pequeña, delgada, con el pelo revuelto, salió de entre la multitud. Era un niño que no contaría ni diez años. Se adelantó, con actitud orgullosa y, con voz clara, declaró:

—Yo soy el actual jefe del pueblo y... y consideramos que ya se han llevado llevado suficiente.

El comandante se echó hacia atrás para evaluar al niño.

—¿¡Tú...!?! A ti te conozco... Tú eres el *hijo* del jefe —dijo con desprecio—. ¡Vaya con tu padre! Mira que salir corriendo y dejar el pueblo en manos de un niño... ¡Sí que debe de ser cobarde!

Y se echó a reír. Los demás bandidos rieron con él.

En lo alto, el sullustano, con la frente sudorosa, le susurró al ronin:

—El jefe del pueblo está enfermo. —En su voz había, a un tiempo, miedo e ira—. Ese chico... ese chico es muy valiente.

—¡Qué valiente! —gritó uno de los bandidos en la plaza.

—«Ya se han llevado suficiente». —Otro de los bandidos imitó al niño—. Ay, chiquillo, eres adorable.

—Han sido unas palabras muy valerosas las tuyas, chico —empezó a decir el de la hombrera de comandante con tono burlón cuando los suyos dejaron de reírse—, pero me temo que la palabra de una persona no vale sino lo que vale su arma, así que, dime, ¿dónde está tu arma, eh?

El niño le mantuvo la mirada. Ya solo eso hizo que el ronin se removiera donde estaba sentado.

Entonces, el niño levantó la mano.

Justo cuando lo hacía, se oyeron dos disparos, uno de cada lado del pueblo. El ronin siguió la trayectoria de cada uno de ellos.

Uno provenía de un tejado que había junto a la plaza y el otro, de una de las torres de vigilancia. En el tejado había un gran con tres ojos y armadura ligera empuñando un rifle con una bayoneta y enseñando los dientes. En lo alto de la torre, un tusken bien resguardado ya se preparaba para hacer un segundo disparo con su largo rifle de francotirador. Tanto el gran como el tusken volvieron a disparar, rápidos y precisos. Con cada tiro, caía un bandido.

—¡Bien hecho, guardias! ¡Encárguense de los demás! —gritó el niño que hacía las veces de jefe antes de salir huyendo de la plaza seguido de los demás pueblerinos.

No dejó a nadie atrás. Era evidente que habían practicado esta evacuación.

«Qué ratoncitos tan inteligentes, que han tendido una trampa a los gatos», comentó la voz.

—No seas maleducada —le respondió el ronin.

El sullustano estaba muy nervioso, absorto por la violencia del combate, como para preocuparse por lo que musitaba su invitado.

Abajo, en el pueblo, más mercenarios salían de sus escondites, cazarrecompensas, a juzgar por su equipo, mucho mejor que el de los bandidos.

Un droide de protocolo plateado con los ojos grandes y un cañón bláster rotatorio ennegrecido salió de uno de los callejones y empezó a abatir bandidos en la plaza.

Un trandoshano fibroso, escamoso, salió por la calle principal y se valió de sus largos brazos y largas armas —una espada y una naginata—, para deshacerse de todo bandido que se atreviese a cruzarse en su camino.

La cúpula flotante de una cabina salió de entre una pila de cajas como si estas acabaran de explotar, piloteada por un diestro dug, que iba acuclillado en ella. Cada una de las cinco patas insectiles que salían de la parte baja del dron empuñaba una espada y el dron giraba y giraba, convertido en un vendaval de tajos al tiempo que su piloto no dejaba de aullar gritos de guerra.

Un disparo perdido alcanzó una de las vigas de la casa de té y el sullustano se sobresaltó, horrorizado a pesar de la buena actuación de los suyos.

El ronin, entretanto, solo fruncía el ceño. Había algo en el aire que hacía que no prestara atención ni a los mercenarios ni a los bandidos —que intentaban salvar la vida poniéndose a cubierto—, sino en el enorme vehículo. Sentía que la voz estaba concentrando su atención en lo mismo.

Los mercenarios estaban demostrando tal nivel de violencia que se percibía una cierta tensión en el ambiente. Una tensión que ascendía por las extremidades del ronin, cada vez con más fuerza, a medida que se abría una escotilla que el vehículo de los bandidos tenía en la parte superior.

De la escotilla emergió una figura, que subía en un elevador. Se trataba de una mujer con una túnica oscura y un velo



que la protegía del fuerte sol. Llevaba un bastón corto que sujetaba con suavidad. El ronin se estremeció al verla.

«Bueno, ya puedes echar a correr», le dijo la voz.

Sintió que el té le amargaba en la garganta. Durante unos instantes, apretó la taza con fuerza. No tenía razones para dudar de lo que estaba viendo.

Aun así, había algo que lo retenía. Puede que se debiera a que no le había ido mal desde la última vez que se había enfrentado a una de sus presas, hacía ya un año. Puede que fuera porque aún no tenía pruebas de lo que era realmente aquella mujer a la que estaba pensando en enfrentarse. Al fin y al cabo, no reconocía aquella figura tocada con el velo y tenía la sensación de que debería haberla reconocido.

«¿Acaso te he mentado alguna vez? ¿Qué otra cosa podría ser?».

Pero el ronin no lo sabía, así que no se movió. El planeta giraba sin él.

Se fijó en que el trandoshano estaba en la plaza, rodeado por un montón de cadáveres, con la espada y la naginata preparadas. En ese instante se volvió hacia el vehículo de los bandidos, con la boca abierta, mostrando los colmillos.

—¡Ríndete! —le gritó a la que estaba en lo alto del vehículo—. ¡Ríndete y quizá te perdonemos la vida!

La bandida se llevó el bastón al hombro y gruñó con desdén:

—Estás equivocado.

—¿¡Cómo dices!?! —le respondió de malos modos el trandoshano.

—Son ustedes los que se van a rendir... —Echó la cabeza un poco hacia atrás—. ¡Aunque yo los mataré igualmente!

La mujer, una joven, en realidad, apenas había acabado de hablar cuando el droide de protocolo, que estaba en el linde de la plaza, empezó a dispararle con su cañón bláster giratorio mientras la maldecía de mil y una formas. En un abrir y cerrar de ojos, la bandida abrió su arma.

De la punta del bastón aparecieron seis espadas láser de color rojo que se extendieron como si se trataran de una flor letal. Cuando la joven giró el bastón, creó frente a ella un escudo rojiblanco de luz que rechazaba todos y cada uno de los disparos dirigidos a ella.

—¡Espadas láser rojas... es una Sith! —gritó el droide de protocolo. Sobre todo, se trataba de una advertencia.

Los mercenarios empezaron a dispararle. Daba la sensación de que estuvieran asustados.

Ya no luchaban para ganar, sino para sobrevivir, sin duda, dejándose llevar por recuerdos de la guerra y de la terrible devastación que dejaban los guerreros Sith a su paso.

La bandida desviaba todos los disparos. Sus espadas láser se habían convertido en un parasol de color. Uno de los disparos rebotó en el escudo y cruzó el aire chillando, directo a la tetería.

Hacía años que el ronin no reaccionaba tan rápido. En un suspiro, ya no estaba sentado en la mesa baja, sino de pie junto al pino que crecía torcido delante de la casa de té. Cuando volvió la mirada, no vio más que humo y escombros. El disparo había hecho un agujero en la pared de la tetería. El sullustano estaba caído en el suelo, pero, por suerte, al ronin no le parecía que olier a carne quemada.

Aunque a metal chamuscado sí que olía.

Junto al sullustano se encontraba B5-56, retorciéndose en el suelo, con el sombrero caído. La superficie del droide la recorrían descargas de electricidad azuladas. El ronin sintió que desde las tripas le ascendía a la cabeza un calor que conocía muy bien, un calor que siempre iba acompañado de escalofríos.

Lo había dejado estar demasiado tiempo.

«Mira que te lo he dicho», le susurró la voz. El comentario era mordaz.

El ronin no sabía qué sentía la voz hacia él, pero a B5 lo tenía en alta estima.

—S-señor... ¿qué hacemos...? —tartamudeó el sullustano, tan asustado que ni siquiera se le había pasado aún por la cabeza ni ponerse a cubierto en la tetería ni salir huyendo a las montañas.

—Dime, ¿crees que podrías reparar el droide? —El ronin tomó del suelo la tetera mientras el sullustano asentía, aunque sin gran convicción—. Asegúrate de que mi compañero esté completamente operativo para cuando el agua de esta tetera hierva.

El sullustano miró a B5 con los ojos abiertos como platos, sin pestañear, y volvió a asentir.

—¡Sí! ¡Sí, por supuesto!

«Veo que sigue habiendo un comandante en tu interior», le dijo la voz mientras el ronin se volvía y empezaba a alejarse de la tetería.

No estaba de humor para responder.